

Fray Manuel de Tuya O.P

Curación de la hija de una mujer cananea. Mt. 15,21-28

Mt y Mc narran a continuación el episodio de la mujer cananea.

Probablemente el objetivo principal de los evangelistas en esta narración es destacar, en contraposición al fariseísmo judío, la fe de una mujer gentil. Si Lc omite esta excursión de Cristo por tierras de la provincia de Siria, puede ser debido a que no quiere romper el marco geográfico de Galilea».

Mt, con su frase usual y convencional para indicar una transición, dice que «partió de allí». Jesús abandona Galilea, para venir a la «región» de Tiro y Sidón. Algunos autores pensaron si Cristo no habría, de hecho, entrado en el territorio sirio, sino que se hubiese quedado cerca de sus límites, pero en territorio aún judío. Se basaban en la vaguedad de la expresión. No obstante, esta expresión puede indicar perfectamente el ingreso en el territorio al que se refieren, y en este sentido aparece usada frecuentemente. Sin embargo, el v.22 de Mt parece sugerir esto. Pues esta mujer canana, «saliendo de aquellos contornos», va a ver a Cristo. A esto mismo conduciría el que Cristo, dirigiéndose a estos territorios, «entró en una casa» (Mc). Parecería más comprensible que tuviese conocidos entre los judíos del territorio del norte de Galilea que en una región pagana. No obstante, no son razones apodícticas. Jesús llega a esta región, y «entró en una casa» (Mc). Debía de ir buscando Jesús, al retirarse a estas regiones o a la extremidad de Galilea, algún descanso para sus apóstoles, ya que no lo pudo encontrar cuando lo iba buscando por la región desértica de Betsaida (Mc 6,31), y pasar también con ellos unos días de formación y coloquios sobre el reino. Por otra parte, que Jesús no iba en plan de misión, se ve por todo el relato. Pero tampoco aquí lo logró (Mc). El país de Tiro tocaba con la Galilea del norte. Y de «los alrededores de Tiro y Sidón» había venido a escuchar a Jesús, en Galilea, junto al lago, parte de una «gran muchedumbre», que había presenciado muchas curaciones (Mc 3,8.11). Mt ya había dicho que, con motivo de la actividad de Jesús en Galilea, se había «extendido su fama por toda la Siria» (Mt 4,24).

La noticia de su llegada se supo en seguida, y vino a El, probablemente en la casa donde se encontraba, una mujer que «oyó hablar» (Mc) de El, la cual dice Mt que era cananea, y Mc la describe diciendo que era «griega de origen sirofenicio».

La denominación de Mt, llamándola cananea, acaso mire solamente a indicar que no era judía, gentil, sino que la quiere señalar con la toponimia de los primeros habitantes de Fenicia, que fueron cananeos (Gén 10,15). Pero la denominación de Mc es mucho más precisa. Esta mujer era helénica (hellenis); con ello se expresa seguramente su lengua y religión. Y por su origen era sirofenicia. Desde Pompeyo (64 a.C.), Fenicia quedó convertida en provincia romana incorporada a Siria. Ser sirofenicia quiere decir fenicia perteneciente a la provincia romana de Siria, para distinguirla de los fenicios de Libia: de los «libiofenicios», de los que habla Estrabón.

Esta mujer, probablemente entrando en la casa, vino a «echarse a sus pies» (Mc) y, gritando, le llamó «Hijo de David». Este título era mesiánico (Mt 21,9) y estrictamente judío. ¿Cómo esta mujer cananea emplea este

calificativo de uso tan local? Podría admitirse que es un préstamo literario que le hace Mt. Pero, en principio, no habría inconveniente en admitir que, después de la conmovión de Cristo en Galilea, a la que habían asistido gentes de los «alrededores de Tiro y Sidón» (Mc 3,8) y donde había sonado el «tú eres el Hijo de Dios» (Mc 3,11), se le hubiese llamado también, y más probablemente aún, «Hijo de David», aunque en esta ocasión no lo recojan los evangelistas (Mt 4,24).

El afecto de madre presenta el dolor de su hija como suyo propio. Le pedía con gran insistencia, y con la voz como en grito, tan frecuente en el modo oriental, que expulsase de su hija al demonio.

Los judíos, también otros pueblos, admitían la «posesión» diabólica. Además atribuían las enfermedades a «espíritus». Así se habla que tal persona tenía tal «espíritu» de enfermedad. La sola expresión no basta para dictaminar si se trata de una verdadera posesión diabólica o de simples modos populares y crédulos de valorar así las enfermedades (I Sam 16,14.23; 18,10; 19,9). El evangelista es historiador que relató los hechos como eran y se estimaban entonces.

A pesar del insistente ruego de esta mujer, El no le respondió nada. Si sólo se atendiese a la letra, había que pensar que era para poder pasar inadvertido en aquellos días de descanso que iban a buscar allí (Mc v.24). O incluso la razón que alegará luego (v.24): que sólo debía atender personalmente El a los judíos. Pero Cristo buscaba otra cosa: callaba para que se desbordase la fe de aquella mujer, y El desbordase luego su misericordia.

Tantos debieron de ser los ruegos e insistencias de aquella mujer, que cada vez iba en un crescendo de palabras, de gestos, de griterío oriental, pues venía gritando detrás de ellos, que los discípulos se «llegaron a El» y le dicen que la despida, sin indicarle que la atiende milagrosamente, aunque probablemente el término usado sugiera que le haga gracia (Mt 18,27; 27,1555; Le 2,29; 13,12; 14,4), pues no hace más que molestar con su insistencia y con sus gritos, y con ello, haciendo el reclamo de las gentes, les impedía pasar inadvertidos allí aquellos días.

Pero volviéndose a aquella mujer, le dijo que no debía escucharla en aquel ruego, pues El había sido enviado a atender personalmente a las ovejas perdidas de Israel. Mc omite esto seguramente porque, escribiendo para un público étnico-cristiano, interesaba menos, era poco político destacar este privilegio judío. En efecto, en el plan de Dios, los judíos, para su incorporación al reino, tenían una prioridad no sólo geográfica (Act 1,8), sino también de privilegio, por haber sido descendientes de los «padres» y por haber tenido la «revelación» (Rom 3,1.2; 9,4-6). El haría la evangelización personalmente a Israel. Luego los apóstoles la llevarían hasta lo «último de la tierra» (Act 1,8). No podía abandonar el plan de Dios.

Pero, ante esta respuesta, la mujer cananea no se desanimó, y acaso ni comprendió el plan de Dios y su firmeza. Y volvió a insistir aún más en su petición. Y, postrándose ante El, le dijo sólo esto, acaso con voz más reposada, pero depositando en ella toda su confianza: Como sea, Señor, (pero) socórreme.

Para alterar excepcionalmente el plan de Dios, tenía que ser merecido también por una fe excepcional. Por eso Jesús, mirando a aquella mujer, así cargada de confianza y amor familiar, le dijo esa frase, al parecer extraña y

dura para su corazón y para el corazón de aquella madre. Mt y Mc la recogen, aunque en sustancia. «Deja—le dice—que primeramente se sacien los hijos». Los «hijos» es Israel, son los judíos (Ex 4,23; Is 1,2; Jer 31,20; Os 2,1). No era un rechazar de plano, pues le dice que deje «primero» saciarse con sus beneficios a Israel, lo que suponía que luego habría lugar para los demás: era el mesianismo universal que ya habían proclamado los profetas. Pero añadió lo siguiente, que parecería muy duro: «Porque no está bien tomar el pan de los hijos y darlo a los perrillos». Era decir lo mismo—ritmo semita—, pero expresado con un grafismo más fuerte. Mt sólo recoge esta segunda forma. Mc las dos; la primera, sin duda, para atemperar la crudeza de la segunda ante el público étnico-cristiano a quien destinaba su evangelio.

La literatura judía conoce esta expresión metafórica de «perros». Con ella se denominaban unas veces los dioses paganos, otras se denominaban así las naciones gentiles, los no judíos.

Se ha hecho ver cómo esta expresión en boca de Cristo no tiene la crudeza que parece para una mentalidad occidental. Estas expresiones y otras más duras no extrañan en el grafismo oriental. Menos aún en la intención de Cristo, que iba a elogiar la fe de aquella mujer y curar a su hija.

Porque, con una fe y una insistencia y una lógica tomada de lo que pasa en los hogares, le dirá que no hace falta que quite el pan a los hijos, sino que, como sucede en las casas, sin quitar el pan a los hijos, los pequeños perrillos comen también del mismo pan..., sólo que de las migajas que «caen» de la mesa de sus señores. El, que era el gran paterfamilias de Israel, podía hacer también, y mucho mejor, lo que los padres en el hogar. No era esto, en esta mujer, insistencia machacona, falta de vida. Era todo su corazón el que le creaba una dialéctica de fe y de confianza excepcionales. Tan excepcionales, que en el plan de Dios sobre los hijos se hizo la excepción para esta mujer gentil.

Y Jesús elogió la fe de esta mujer en contraste con tantas de Israel y de su mismo Nazaret y de su misma «familia», que no «creían» en El, por lo que no podía hacer milagros (Mt 13,58), y «en aquel mismo instante» el milagro se hizo. Fue un nuevo milagro a distancia. La mujer marchó llena de fe en la palabra de Jesús: «volvió a su casa» y encontró a la niña (acostada en el lecho y que el demonio —acaso una enfermedad epiléptica—había salido» (Mc).

Este milagro es una escena cargada de ternura: habla del corazón de Jesús, de los planes del Padre, de sus excepciones, de la confianza de una mujer gentil; en el orden apologético, se expone un milagro a distancia, sin autosugestiones y con una curación instantánea; en el orden del plan de Dios, habla del privilegio de los judíos, pero de la vocación de las gentes. En torno a la mujer canana se formó una serie de leyendas fabulosas, que recoge el autor de las Homilías clementinas.

(Profesores de Salamanca, Manuel de Tuya, Biblia Comentada, B.A.C., Madrid, 1964, p.355- 358)